

**CONSTRUCCIÓN DEL PERSONAJE PROTAGÓNICO EN *LOPE DE AGUIRRE,*
PRÍNCIPE DE LA LIBERTAD DE MIGUEL OTERO SILVA**

Alberto Quero
Írida García de Molero
Universidad del Zulia
iridagarcia@cantv.net
albertoquero@yahoo.com

RESUMEN

En este artículo se trata la forma en la que Miguel Otero Silva creó una versión literaria de Lope de Aguirre y la convirtió en el protagonista de una novela. Aguirre fue un vasco que emigró a América durante la primera mitad del siglo XVI y trató de insurreccionarse contra el rey Felipe II de España. Fracásó, fue apresado y ejecutado en Venezuela. Otero redefine el papel que jugó este personaje en su peripecia y lo vincula con Simón Bolívar. El método de análisis de la presente propuesta es semiótico textual interpretativo y el análisis documental del texto. Se recurrió a diversas fuentes que han estudiado la obra literaria del autor. Posteriormente se elaboró un modelo interpretativo propio. Se concluye que para la construcción de su Aguirre, Otero se basó en sus concepciones marxistas; a través de ellas y de los vínculos que establece entre Aguirre y Bolívar, Otero no solamente busca redefinir la personalidad de Aguirre, sino también analizar el devenir histórico de Venezuela bajo la óptica de la izquierda, contraviniendo los cánones establecidos.

PALABRAS CLAVE: Lope de Aguirre, Miguel Otero Silva, marxismo, novela histórica.

ABSTRACT

This paper talks about the way in which Miguel Otero Silva created a literary version of Lope de Aguirre and made it the protagonist of his novel. Aguirre was a Basque man who migrated to America during the first half of the XVIth century and tried to rise up against king Philip

II of Spain. He failed, he was imprisoned and executed in Venezuela. Otero redefines the role which the character played in his adventure and links him to Simón Bolívar. The method of analysis of this paper is semiotic-textual interpretative and documental analysis of the text. Several sources that have previously studied the author's work were included. Finally, an interpretative model was created. The conclusion is that in order to construct *his* Aguirre, Otero based himself on his Marxist conceptions; through them and the links he sets between Aguirre and Bolívar, Otero not only redefines Aguirre's personality, but also analyzes the Venezuelan history under the left-winged light, which contradicts commonly accepted patterns.

KEY WORDS: Lope de Aguirre, Miguel Otero Silva, Marxism, Historical novel.

INTRODUCCIÓN: UNA VERSIÓN DE **LOPE DE AGUIRRE**

En este trabajo se estudia el trasfondo ideológico empleado en la construcción del personaje *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, de Otero Silva. Este autor ha sido señalado como uno de los representantes de la izquierda venezolana. Antes de empezar, una observación clave sobre la tradición marxista:

Poco en esta tradición deriva directamente de las escrituras de Karl Marx y de su colaborador Friedrich Engels, que no proveyeron alguna teoría estética, sin embargo expresaron dudas acerca del valor propagandístico de la ficción y por eso desestimularon el simple juicio de las obras literarias de acuerdo con el grado de sentimiento socialista que expresen. (Baldick, 2009: 198)

El aparente vacío que se genera entre los fundadores de la ideología y sus posteriores adherentes e intérpretes, no fue óbice para que se integraran ciertas doctrinas del pensamiento a la hora

de interpretar la Historia y de escribir literatura. Ese fue el caso de Otero. Ángel Rama ha desarrollado una extensa labor analítica acerca del quehacer literario de Otero, en el cual

Está implicado un proceso ideológico, una sensibilidad, la cosmovisión de un grupo social, una circunstancia histórica y todavía algo más la vida y la pasión de un país con una de las trayectorias más ardientes, gloriosas, desdichadas y contradictorias que ha conocido América Latina: Venezuela. (1991: 83)

La intuición de Rama es correcta. Nadie niega la fuerte vinculación que existe entre Otero y su país. Es manifiesto el deseo de este escritor de contribuir, a su manera, con el desarrollo de la nación. Por ello afirma el mismo crítico:

Se necesitó establecer cierto pacto entre el individuo y el conjunto social al cual se integraba, confiriéndole a éste primacía, capacidad rectora, decisión y haciendo del primero su intérprete, incluso para aceptar limitaciones y sobre todo para cumplir con las que entendía sus demandas centrales. (p. 84)

Es importantísimo recordar la filiación política de Otero, porque es esta línea de pensamiento la que va a articular la producción literaria del novelista. Dice Rama: «conviene no olvidar que Otero Silva, sin haberse incorporado al Partido Comunista, lo ha acompañado en su ruta desde los sectores de la izquierda, especialmente en sus coyunturas de 'frente popular'» (p. 90).

De acuerdo con Quinn, «para la crítica marxista, la literatura debe ser entendida en relación con las fuerzas determinantes de la sociedad: historia, economía, clase e ideología» (2006: 254). Además, expresa que una de las funciones de la crítica marxista es «exponer la conexión subyacente entre la literatura y la sociedad» (p. 254). En tal sentido, Otero comprendió la historia de Venezuela en los términos de una lucha ideológica de clases sociales, y con su literatura trató de exponer el enlace oculto entre el arte y el colectivo. Para Otero, el escritor debía estar al lado de las masas desposeídas y luchar por las

reivindicaciones sociales que imponen las injusticias sociales; para ello contó con la literatura, la cual debía ser un instrumento para exponer esas ideas.

UNA FORMA PARA ENTENDER A VENEZUELA

Para Otero, Venezuela es tierra de revolucionarios y ve la historia nacional como masas rebelándose contra sus opresores. En tal sentido, podríamos recordar lo que Ducrot y Todorov consideran respecto al uso de la ficción:

Por el hecho de su carácter representativo, la ficción literaria aparece confrontada, conscientemente o no, al sistema de representaciones colectivas que dominan una sociedad durante una época determinada; en otros términos, se asocia a la *ideología*. Ésta no es el referente, como no son las reglas del género; es un discurso, pero de carácter difuso, discontinuo y del que rara vez adquirimos conciencia. (1986: 215)

Por su parte, Greimas (1983) expone criterios clave para lo que denomina «ideología de poder». Según él, hay leyes morales supremas donde las relaciones de fuerza quedan connotadas en el plano moral como dominante (bueno) vs. dominado (malo). Además, «esta connotación no hace más que valorizar *a posteriori*: los dos «estados» del poder, a los que no funda en valor» (p. 195). Sin embargo, en la época postmoderna, esta relación ha sido ampliamente controvertida fundamentalmente por los autores izquierdistas. Posteriormente, Greimas aporta una definición que se cita *in extenso*:

La principal virtud del *poder* es la de existir y la perversión axiológica consiste precisamente en erigir la existencia a la condición de valor, es decir, no sólo en confundir el /ser/ con el /querer-ser/, sino en reemplazar el uno por el otro, constituyendo de este modo una ideología basada en los no valores. Las ideologías científicas descansan sobre el mismo malentendido (...). El marxismo en marcha, por ejemplo, se apoya en la negación del /ser/ y en la aserción de un /deber-ser/, o sea, de una forma de /

querer-ser/ colectivo. Sin embargo, en la medida en que se considera a sí mismo como una teoría científica, el marxismo formula el PN basado sobre el /deber-ser/ como un algoritmo *necesario*, como un programa narrativo *canónico*: lo que gana en «verdad», lo pierde en «valor». Así se comprende la ambigüedad del discurso stalinista, que, sin dejar de presentarse como un discurso valorizado, se muta imperceptiblemente en discurso «real», ése que dice las cosas tal como son. (p.195).

Es importante ver cómo Otero Silva expresa sus opiniones, cómo las articula en el discurso que suscribe. Está claro que a Otero le conviene la redefinición del Bien y del Mal: su intención -no solo en esta novela sino en casi toda su obra- es la de desacralizar la «historia oficial» y reinterpretarla. Para ello se vale de inversiones conceptuales que controvirtieron los cánones tradicionalmente aceptados:

Yo, Dios bendito, que soy tu siervo más devoto y soy además espada enviada por tu divina voluntad a castigar a los villanos no merezco ser maltratado de esta manera. El rey Felipe es una encarnación del demonio, un monarca luciferino, alcahuete de frailes corrompidos y ministros viciosos: yo soy la ira de Dios, el mensajero ejecutor de tu cólera; no me niegues tu amparo en esta dura guerra que mantengo contra el Rey maligno. (Otero, 2005: 195).

Así, para Otero, los buenos no son tales y Aguirre, si bien no es un ángel, tampoco es tan malo como se ha dicho con frecuencia; por el contrario, él vendría a ser una especie de rebelde con causa, un hombre que toma las armas y ejecuta una acción violenta porque está desesperado ante la situación de injusticia que presencia y de la cual es víctima.

La crítica de Otero está fundamentalmente dirigida a dos de los más sólidos pilares de la España del siglo XVI y, en buena medida, de la Venezuela del siglo XX: el poder civil y el poder eclesiástico. Para ilustrar se puede citar este fragmento en el que Aguirre se dirige al juez Francisco Esquivel, representante del poder civil:

No me basta tu muerte Francisco Esquivel, no eras tú sólo quien golpeaba mis espaldas con el látigo, eran todos en cuadrilla, los corregidores los jueces los alcaldes los frailes los encomenderos, se alternaban para azotar mi carne y burlarse de mis llagas, son los mismos que despojan sin misericordia a los indios, por faltas mínimas atormentan a los yanaconas del servicio con cepos y grillos, o los despachan a remotas comisiones para forzarles las mujeres en su ausencia, fabrican falsos testamentos, prenden fuego criminal a caseríos enteros, les cortan las narices y las manos a los infelices que imploran justicia. (p. 47)

Estas palabras son perfectamente verosímiles en boca de Lope de Aguirre. De hecho, en la celeberrima carta que le dirigió a Felipe II se mencionan bastantes tropelías ejecutadas por los representantes del poder civil. Veamos por ejemplo este fragmento:

Por cierto, no hay para qué presentar testigos, más de avisarte cómo éstos, tus oidores, tienen cada año cuatro mil pesos de salario y ocho mil de costa, y al cabo de tres años tienen cada uno sesenta mil pesos ahorrados, y heredamientos y posesiones. (p. 175)

Los representantes de la Iglesia también son retratados en forma crítica. Basta mencionar, por ejemplo, a uno de sus representantes: «el fraile franciscano Santiago Quintanilla, que atesoraba secretos de confesión para medrar con ellos» (p. 51). Las autoridades civiles y militares forman parte de la misma crítica. Por ejemplo, en el fragmento siguiente dice Aguirre: «No la dejaré [a su hija Elvira] a merced de los padres de doctrina, que engañan y fornican a las doncellas, a merced de los encomenderos concupiscentes, a merced de los mayordomos violadores» (p. 70); y más adelante, casi con idénticas palabras, se vuelve a mencionar la preocupación de Aguirre por su hija Elvira:

¿Quién iba a defenderla [a Elvira] de la lascivia de los padres de doctrina, que usan los rincones de los

confesionarios como rincones de perversión? ¿Quién iba a defenderla de la violencia de los soldados rijosos, de la insolencia de los encomenderos lascivos, de las mañas de los jueces concupiscentes, de las súplicas de los mulatos sensuales? (p. 92)

La intención de Otero no es otra que la de reinterpretar al personaje y traerlo a una perspectiva contemporánea. Sin embargo, este interés a veces alcanza estratos que redimensionan el discurso literario convencional, porque si bien éste se basa en el flexible concepto de la verosimilitud, muchas veces el autor cae en lo históricamente inverosímil. Por ejemplo, según él, Aguirre le habría escrito una carta a Francisco Fajardo por ser mestizo, razón por la cual éste debería sentirse preocupado por los aborígenes venezolanos. La supuesta carta diría:

Los capitanes y ministros del Rey que oprimen estos lugares de Venezuela alimentan sus perros con entrañas de los indios, que se las sacan vivos, atan sus prisioneros indios a los árboles y luego los queman, los entierran en la arena hasta el cuello y los dejan morir de sed, los arrastran amarrados a la cola de un caballo, les asan los pies y las manos con plomo derretido, los descuartizan y empalan con increíble saña, todo lo cual vio vuestra merced por vista de ojos cuando lo hizo el malvado extremeño Juan Rodríguez Suárez. Yo convido a vuestra merced a cobijarse bajo nuestra bandera y pelear juntos contra el rey español, procurando alcanzar la libertad de los indios, de los negros y de todos los hombres humanos que en este mundo viven. (p. 193)
(Se han conservado las itálicas del original)

Este discurso resulta imposible de ser atribuido al Aguirre histórico. No hay una sola prueba que muestre que él estuviera interesado en las condiciones de vida de los indígenas, y mucho menos de los venezolanos. Recuérdese que para Aguirre, Venezuela era solamente una escala obligada en su viaje de retorno al Perú.

A través de la referencialidad histórica, Otero hace un cuestionamiento del orden social del siglo XVI y acaso también del

XX: después de todo, la crítica marxista apuntó a los estamentos civiles y eclesiásticos en la época contemporánea, no en el siglo XVI. Para Otero, el Estado civil y la Iglesia Católica, eran estructuras de poder organizadas para someter a las grandes masas de la población, mientras que los grandes jefes de esas dos maquinarias de poder vivían la vida regalada y sin privaciones a costa del sudor de los oprimidos. Al respecto Bravo refiere:

En este contexto, la literatura de la modernidad se propone, de manera incesante, la deconstrucción de lo real en el mismo acto en que despliega la deconstrucción de sí misma, de la multiplicidad de sus lenguajes (...) La conciencia irónica se realiza en la percepción del mundo como dualidad, como incongruencia, donde lo real es estremecido por vertientes de negatividad. (Bravo, 1997: 136)

Esta corriente del pensamiento animó a Otero Silva, cuya finalidad, podríamos decir, esclarece nuevamente Bravo:

La filosofía marxista, que postula el movimiento de la historia, en una lucha de clases, en un proceso de revolución (de rupturas) hacia la libertad del hombre (de utopías) que le daría pleno sentido de finalidad a la historia. (1997: 138)

La palabra clave es deconstrucción. Es ese proceso de cuestionamiento y degradación del orden imperante, lo que ha animado a Otero a escribir un texto que busca no solamente hacer una crítica *historicista*, sino mostrar cómo ese orden caduco ha llegado hasta nuestros días. En su obra, Otero pone en jaque no solamente la situación indiscutible que se presentó en el siglo XVI, sino también la pervivencia de ese sistema en la Venezuela contemporánea. Así, Otero presenta a Aguirre como una especie de paladín de la justicia social.

EL AUTOR Y SUS INTERPRETACIONES

A continuación veremos la interpretación de los hechos históricamente comprobables protagonizados por Aguirre. Para ello,

nos serviremos de las consideraciones de van Dijk (2005) acerca de cómo la ideología puede expresarse en el discurso: (a) Seleccionar / cambiar temas positivos / negativos sobre nosotros / ellos, (b) Modalidad: nosotros / ellos / deber / tener que..., (c) Negadores: negación de nuestras cosas malas, y (d) Léxico: selección de términos positivos / negativos para nosotros / ellos (p. 22).

Otero defiende la acción de Aguirre redefiniendo y argumentando numerosas acciones tradicionalmente percibidas como negativas, pero en la novela están «explicadas» por el mismo protagonista desde una óptica en la cual son razonables. Un elemento que van Dijk no menciona es la asociación con la figura prestigiosa. Este índice se actualiza cuando el autor establece coincidencias (reales o ficticias) entre la figura de Aguirre y la de Bolívar. Las justificaciones que Otero hace de Aguirre se presentan en tres grandes momentos y se describen a continuación.

PRIMER MOMENTO: LA AUTO DELACIÓN

En éste se revela la verdadera naturaleza de Lope de Aguirre. Cuando muere Pedro de Ursúa, representante legal del Rey, Lope de Aguirre se justifica de esta forma:

En todos los bohíos de esta aldea se habla y se murmura que los desatinos de nuestro Gobernador nos traen perdidos sin remedio, por jamás hallaremos ni rastro de aquel Dorado fabuloso (...) Tenemos la obligación de matarlo y de acometer luego las hazañas que él anda demasiado remiso de emprender. (p. 109)

La actitud de Lope se asocia más con la idea del deber. Sin embargo, para él todo es más abstracto. No queda claro qué son *hazañas* ni cómo va a acometerlas. Las palabras del personaje parecen sugerir que desea continuar con el proyecto de búsqueda de El Dorado. Pero los hechos lo desmentirán. Como quiera que sea, hay algo importante: el hecho de la mentira de Aguirre; se deja en claro que lo que Lope declara no se corresponde con sus verdaderas intenciones. Según Otero, la intención de Aguirre es la de conformar un ejército rebelde que haga justicia y se oponga a los designios del Rey de España.

SEGUNDO MOMENTO: LA ACCIÓN SOCIAL

En éste Otero expresa lo que piensa debe ser el funcionamiento de la sociedad. Por primera vez Aguirre está en territorio venezolano. La interpretación tradicional implica que Aguirre llegó a la isla para robar los pertrechos que necesitaba para seguir hacia el Perú. Algunos vecinos perezosos e indisciplinados, aburridos de la vida tranquila y deseosos de obtener riqueza fácil, decidieron unirse al ejército de Aguirre. La apreciación de Otero es bastante diferente:

Con el fin de acrecentar el número de sus marañones con gente brava y bien dispuesta, Lope de Aguirre hizo discursos y multiplicó razones, convidando a los hombres del lugar a seguir sus banderas. No quería soldados a la fuerza, sino voluntarios que lo acompañaran hasta el Perú en la guerra para castigar a los malvados oidores y regidores. El fruto de estos afanes fue que más de cincuenta vecinos, mayormente jóvenes, aunque había tres que pasaban de los cuarenta años, se alistaron en el bando de Lope de Aguirre, que para ellos era el partido de la libertad. (p. 167)

Para Otero, los hombres que se suman al ejército de Lope son campesinos sencillos que están hartos de ser explotados por las clases privilegiadas, y por eso deciden entregar su vida a una causa libertaria y de establecimiento de la igualdad social. La iniciativa proviene de Aguirre, que actúa en forma de predicador de una doctrina de emancipación.

Es interesante el uso de la palabra «partido». La quinta acepción que da el *DRAE* es: «conjunto o agregado de personas que siguen y defienden una misma opinión o causa», y la vigésima cuarta es: «conjunto poco numeroso de gente armada, con organización militar u otra semejante». Pero siendo ésta una novela escrita en Venezuela en el siglo XX, es imposible no asociar la palabra *partido* con la de un partido político, muy en consonancia con la acepción quinta; y tal como lo da el *DRAE*, un *partido* puede estar formado por personas armadas. Así, la conjunción de ambos significados con su contexto narrativo y con la ideología declarada del autor, parece sugerir que se está aludiendo a una organización del tipo guerrilla de ultra izquierda, como muchas que abundaron en toda Latinoamérica durante épocas recientes. Esto es mencionado por el Aguirre oteriano:

Si no alcanzó a triunfar Hernández Girón que llevaba escrita en sus banderas la palabra libertad, si no gozó del fruto de desenfrenar a los pueblos Hernández Girón que prometía hartar a los pobres y quebrantar las cadenas de los negros ¿quién osará mañana desafiar el poderío de los virreyes y oidores? (p. 66)

La lista de conceptos parece proporcionar una ecuación muy clara: «desenfrenar a los pueblos» con las banderas de libertad, para «hartar a los pobres» y «quebrantar las cadenas de los negros» que están siendo oprimidos por los virreyes y oidores, parece concordar con la acción de un grupo armado de extrema izquierda. Más adelante, la lista de alusiones a la izquierda continúa:

Desvelándose en asegurar el abastecimiento de su ejército, Lope de Aguirre obligó a los habitantes ricos de la isla a aportar ganados y vituallas para el sustento de su gente; les impuso a los dichos ricos el tributo de hospedar en sus casas a los soldados marañones; y que pusieran por inventario todos sus vinos y comidas y los guardasen en depósito. (p. 168)

Este texto coincide con ideas clave dentro de la ideología marxista, principalmente las de la justicia social y el bien común. Se plantea que las clases altas cedan sus bienes, y que esos bienes formen parte de un patrimonio colectivo. Posteriormente, refuerza la idea de nutrir el ejército con gente buena pero indignada:

Puesto que los lugareños que trabajaban en hatos y sembrados eran continuamente embaucados por gobernantes y mercaderes, mandó Lope de Aguirre alzar sus precios que se les pagaban por sus fuerzas y faenas; fue obligatorio comprar por tres reales los pollos que antes costaban dos, y por seis reales los carneros que antes vendíanse a cuatro; y también las vacas y terneras, el maíz y los frutos fueron mejorados en sus precios en la misma proporción. Por tan varias razones, hemos dicho más arriba que el gobierno de Lope de Aguirre no fue tan salvaje ni tan desatinado como lo han contado a vuestra merced los frailes vengativos y los malos cronistas. (p. 168)

A partir de entonces se pone en marcha una nueva estrategia de ideologización: la asociación con la figura de prestigio. Otero hace aparecer a Aguirre como antecesor de Simón Bolívar. Desde las primeras páginas de la novela se insinúa el parentesco. En la parte inicial, Lope de Aguirre dice: «Pedro de Munguía asegura y porfía que yo tengo más nervio de libertador que el propio Hernández Girón» (p. 67). Es notable el empleo de la palabra *libertador*, que la nación venezolana reserva exclusivamente para Bolívar. Además, Otero le atribuye a Aguirre frases que son calcadas de Bolívar. Más adelante se hablará de esto.

Otero Silva no se conforma con establecer parangones en la ficción. Él busca, además, basarse en documentos históricos. Ello lo hace con la finalidad de llevar al texto más allá de la dimensión de verosimilitud literaria, a una dimensión de veracidad histórica. Según Otero (punto en el cual sigue a Casto Fulgencio López [1953]) el carácter indómito de Aguirre y de Bolívar se debería a que ambos eran de origen vasco, y en ellos anidaría el germen de la libertad y de la rebeldía. Otero propone pruebas sobre este aspecto y narra (en fragmento citado):

Puesto que los lugareños que trabajaban los hatos y sembrados eran continuamente embaucados por gobernantes y mercaderes, mandó Lope de Aguirre alzar los precios que se pagaban por sus piezas y faenas; fue obligatorio comprar por tres reales los pollos que antes costaban dos y por seis reales los carneros que antes vendíanse a cuatro; y también las vacas y terneras, el maíz y los frutos mejorados en sus precios en la misma proporción. (p. 167)

Inmediatamente después del párrafo anterior, hay otro que es interesante por dos razones: la primera es que haciendo uso de las más vanguardistas técnicas de la novela contemporánea, Otero vuelve a cambiar el punto de vista del narrador. En esta ocasión su osadía consiste en dirigirse personalmente al lector; lo hace, además, a través de un giro arcaizante que le da un toque de humor al contexto. La segunda razón es que allí se produce la vinculación de la figura de Aguirre con la de Bolívar. Después de haber ponderado la acción de Lope de Aguirre al bajar los precios de las mercancías, Otero concluye con las frases siguientes: «Por tan varias razones hemos dicho más arriba que el gobierno de Lope de Aguirre no fue tan desatinado como le han contado a vuestra merced los frailes

vengativos y los malos cronistas» (p. 167). Al final de estas líneas hay una llamada a pie de página donde se lee:

Hubo, sin embargo un notable escritor, político y guerrero del siglo XIX, que no vio a Lope de Aguirre como un simple matador de gentes, sino que lo juzgó esencialmente como un precursor de la independencia americana. Ese ensalzador de las ideas de Lope de Aguirre se llamaba Simón Bolívar y es conocido por nosotros los venezolanos como El Libertador. Simón Bolívar aludió en varias ocasiones a la osadía del caudillo de los marañones, mas no precisamente para condenarla como vesania criminal sino para exaltarla como insurrección irreductible contra la corona española. El Libertador ordenó a uno de sus edecanes, la tarde del 18 de septiembre de 1821, que copiase íntegramente la carta de desafío que Lope de Aguirre escribió a Felipe II desde Venezuela en 1561, y que dicha carta fuese publicada de inmediato en el periódico «El Correo Nacional», de Maracaibo, dirigido por el doctor Mariano de Talavera, periodista clerical que, ofuscado por sus prejuicios se atrevió a desobedecer las órdenes del general Bolívar, o al menos así se deduce de los hechos, ya que en las reediciones de «El Correo Nacional» no aparece la famosa carta. Se ha encontrado, sí, en los archivos de la época una comunicación del coronel Francisco Delgado, comandante general e intendente de los ejércitos de Colombia, fechada el 29 de septiembre de 1821, por medio de la cual se notifica al Ministro de Guerra, que ha recibido copia de la carta de Aguirre y que ha dado el mandato de su publicación. El Libertador calificaba el documento de desnaturalización de España, firmado por Aguirre y sus marañones en la selva amazónica como «el acta primigenia de la independencia americana». (p. 167)

Por estar contenida a pie de página, la información anterior se considera fuera de la ficción narrativa. Inmediatamente viene otro fragmento clave. Como otros muchos, éste está escrito en letra cursiva, y al final se lee la aclaratoria: «Nota del novelista», de manera que vendría a funcionar como una nota a pie de página de segundo grado:

Más todavía, Lope de Aguirre. Por una afortunada coincidencia de la historia, otro hijo de fieles vasallos vascongados como tú, emprenderá dentro de doscientos cincuenta y ocho años la misma ruta que tú llevabas en Barquisimeto y te cortaron la cabeza. No eras tan loco, Lope de Aguirre, como te han juzgado tus infamadores. Simón Bolívar, tal como tú soñabas, cruzará las cumbres de los Andes al frente de sus soldados rebeldes e intrépidos, vencerá una y otra vez a los ejércitos reales en las llanuras del Nuevo Reino de Granada, proseguirá su jornada triunfante hasta el Perú y, tal como tú lo soñabas, arrojará para siempre de las Indias a los gobernantes y ministros del rey español, que ya no se llamará Felipe II sino Fernando VII (Nota del novelista). (p. 167)

Otero se vale de un proceso de desembrague conocido como intercalación. Según Greimas, es «un procedimiento formal de organización discursiva que permite, bajo la forma simulada de una expulsión de contenidos al exterior del texto, para integrar de un modo más íntimo en un discurso único y coherente» (1983: 58). Perilli afirma que al hacer esto, Otero trastoca las pautas básicas de la novela contemporánea. Pero esta audacia trasciende lo formal y busca, de alguna manera, refutar la visión clásica que se ha mantenido acerca de los hechos que se cuentan:

Con la irrupción casi violenta de la voz del escritor en el único pie de página, a mitad del libro, se define su lugar de enunciación. Marcando la división entre historiografía y literatura, el autor destruye la ilusión de «las fuentes» y reivindica su total libertad, en un juego que afirma y niega el verosímil sostenido por la novela. (Perilli, 1994: 264)

De este modo, Otero no solamente intercala un texto que está temporalmente fuera de la ficción narrativa (a través de un método del *flash forward*), sino que además cambia continuamente el punto de vista del narrador: primero se dirige al lector a través del giro arcaizante «vuestra merced»; después se dirige a Lope de Aguirre, pero ya ubicándose como un actor externo a la ficción narrativa y no como el demiurgo creador de ella.

Ahora bien, más allá de la coincidencia, lo cierto es que Bolívar efectivamente conocía la historia de Aguirre y la tenía como un acto heroico. Es increíble que Otero no haya tocado este tema, que vendría a confirmar su primera hipótesis. Pero hay un dato crucial: lo que Bolívar ensalza no es el «gobierno» de Lope sino la audacia de desafiar al Rey de España. Es claro que Bolívar yerra y la audacia de Aguirre no es más que locura. Más todavía: no hay motivos para creer que Aguirre actúa de buena fe, sino engañando a la gente. Si el plan final de Lope era llegar a Perú, no tenía necesidad de «hacer justicia» en Margarita. Lo único que le podía interesar era ganar la buena voluntad de los habitantes de la isla y así apropiarse de vituallas en forma gratuita y rápida y de ganar soldadesca: las medidas comerciales que Aguirre implementa no tienen un carácter legal ya que ejerce un poder *de facto*; de modo que cuando se marchara de la isla, las medidas quedarían sin efecto. Además, si hubiese sido tan desinteresado, no habría ejecutado a tanta gente en Margarita.

Es legítimo preguntarse si Bolívar estaría al tanto de esta situación. Entonces, ¿realmente acertó él al considerar valiente la acción de Lope de Aguirre? Muchos de los cronistas de Indias enfatizan la exigüidad del ejército de Aguirre en comparación con la enormidad de la tarea que se había dispuesto. Oigamos a Oviedo y Baños describiendo las provisiones de armas de Lope: «todo su poder se reducía a ciento y cincuenta hombres no cabales, y seis tiros de fruslera, un macho y tres caballos, que era todo el aparato con que pensaba su mal juicio avasallar las Indias» (1972: 256). Contemporáneamente hay confirmaciones de este hecho:

De los trescientos hombres con que partió Ursúa de las tierras del Perú sobrevivirían a Barquisimeto ciento setenta y cuatro, sucumbiendo anteriormente sesenta y seis por garrote, arcabuz, cuchillo, sogá y árbol y otros sesenta por enfermedades y, literalmente, de hambre. Muchos por propia mano de Aguirre. (Sacco, 2012: párr.10)

Es necio preguntarse si con recursos tan exigüos alguien podría desafiar a la mayor maquinaria bélica de su época y lograr siquiera inquietar al monarca del más vasto imperio de entonces. Así, parece que la acción de Aguirre tenía muy pocas oportunidades de sobrevivir. Es notable ver cómo Otero soslaya las posibilidades reales que Aguirre

tenía para acometer su empresa bélica contra Castilla. De hecho, no menciona jamás el arsenal que emplearía Aguirre.

Sin embargo queda claro que, según Otero, Venezuela es el lugar donde Aguirre se consagra como «pionero» de una lucha a favor de los oprimidos. Aunque falle, y a pesar de su crueldad, es en Venezuela donde su hacer comienza y lo consagra como anunciador de la lucha de clases. Estos episodios, ahora sí, suceden *dentro* de la acción de la ficción y no como una nota a pie de página. El primero de ellos relata lo que sucedió en Borburata. En ese momento, Aguirre hizo un bando (una proclama) solemne; un pregonero gritaba lo siguiente:

Yo, Lope de Aguirre, la ira de Dios, el fuerte caudillo de los invencibles marañones, el príncipe de la libertad, prometo hacer la guerra cruel a fuego y sangre contra el Rey de Castilla y sus vasallos; todo español que no luche a favor de nuestra causa será castigado como traidor e irremediamente arcabuzado; todos los servidores del rey deben contar con la muerte aun en el caso de que sean indiferentes. (p. 197)

Esto coincide, casi al pie de la letra, con el Decreto de Guerra a Muerte lanzado por Bolívar el 13 de febrero de 1813, que termina así: «Americanos, contad con la vida aun siendo culpables. Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis a favor de la independencia».

Más adelante, otro parangón. Así se narra lo que sucedió en el Valle de Chirgua, más allá de Valencia, durante una tormenta: «¡Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!» (p. 209). Este enunciado se corresponde completamente con la frase que la tradición histórica venezolana pone en boca de Bolívar después del terremoto de Caracas en el año 1812. Resulta significativo ver cómo hay un hecho que recogen los cronistas de Indias (y que es una coincidencia explotable desde el punto de vista literario) que Otero soslaya: el día de la muerte de Aguirre: «llegado el veinte y siete de octubre, víspera de los Apóstoles San Simón y Judas, que tenía Dios dispuesto para castigo de las maldades de Aguirre y que en él terminasen con su muerte las insolencias de aquel monstruo» (Oviedo y Baños, 1972:

296). Así, Otero obvió un detalle significativo: la reducción de Aguirre se produjo la víspera del onomástico de Bolívar. La razón para estas omisiones es obvia. El hecho en cuestión no concuerda con la asociación que Otero pretende establecer entre los dos hombres.

TERCER MOMENTO: EL EJERCICIO DE LA AUTORIDAD

En éste encontramos las apreciaciones de Otero acerca de cómo Lope de Aguirre ejerció su poder en la isla de Margarita. Hay que empezar recordando que la isla tenía sus poderes constituidos de acuerdo con el orden legal de aquella época; la autoridad de Lope, por el contrario, fue solo de facto. Veamos ahora lo que dice Miguel Otero Silva, y cómo actúa su Lope. La intención de Otero ha sido la de redefinir la figura de Lope de Aguirre a través de una nueva interpretación de las acciones que acometió. Perilli lo establece claramente:

En el nivel de la historia predomina la isotopía mitificadora. El personaje se transforma en héroe, y el héroe en mito, Lope es el «príncipe de la libertad». Opera una causalidad lógica; cada actitud está determinada por un hecho anterior, en forma cuidadosa. No hay fisuras en la construcción. (1994: 269)

Esto es particularmente notorio justo después de narrar los sucesos de Margarita. En ese momento la novela entra en una especie de tiempo muerto. La narración es variada, con diversos puntos de vista. Genette define así lo que es la narración interpolada:

Es la que sucede entre momentos de la acción (...) Es el más complejo, porque involucra una narración con varias instancias, y dado que la historia y la narración puede convertirse en enrevesada de tal manera que ésta puede tener efecto en aquella (...) Este tipo de narración también puede ser la más delicada, y de hecho, la más refractaria al análisis, tal como sucede cuando el diario se ensancha para resultar en una suerte de monólogo después del evento, con posturas temporales indefinidas e incluso incoherentes. (1986: 221)

De este modo comienza lo que denominamos **secuencia de la impugnación**. Primero, se abre con un pequeño exordio que sirve para presentar el segmento: «Lope de Aguirre tomó posesión de la Margarita durante cuarenta días y en este tiempo mandó a hacer veinte y cinco muertes que habían sido condenadas y vituperadas por letrados y romancistas» (p.175). Inmediatamente sigue una larga secuencia que no es estrictamente narrativa y que busca realizar una interpretación de las acciones de Aguirre. Se abre con un párrafo que parodia las Crónicas de Indias y los relatos tradicionales acerca de los sucesos protagonizados por Aguirre. Este párrafo está encabezado por una breve descripción en letras cursivas, cambio tipográfico que funciona como un embrague que distancia la intención de los párrafos consecutivos. Posteriormente viene un párrafo en el que Aguirre narra en primera persona y justifica sus acciones. Según O' Neill, este recurso narrativo se llama pausa y es «la mínima velocidad discursiva, donde, por ejemplo, pasajes más o menos extensos de narración, sea ésta de naturaleza descriptiva, reflexiva o ensayística, no corresponde con evento alguno en la historia» (1996: 43). A continuación, la versión «justificada» que propone Otero:

8, 9, 10, 11 y 12. Muertes de Juan de Villandrando, Manuel Rodríguez de Silva, Cosme de León, Pedro de Cáceres y Juan Rodríguez

Hallábase el cruel tirano aún desencajado por el coraje en que lo puso la huida de Pedro de Munguía, y su furor se acrecentaba ante la vecindad del navío del Provincial (...) Apenas acababan de ser llevados de nuevo los presos a sus celdas cuando entró tras ellos aquel inhumano Francisco Carrión que diera espantosa muerte a doña Inés de Atienza en la selva marañona (...) Francisco Carrión dijo a los infelices cautivos que se encomendaran a Dios pues iban a morir y tiempo no quedaba para llamar al padre confesor (...)

—Jamás había sido contada una historia usando tan luengas mentiras y falsedades como esa que vuestra merced acaba de escuchar -dice Lope de Aguirre-. Con aquel gobernador Villandrando y sus alcaldes me extremé una y otra vez en serles benigno; a poco de haberlos hecho presos les di la libertad, les permití que volvieran a sus casas y les pedí que me asistieran en el buen gobierno de la isla, amistad que ellos juraron y prometieron. ¡Ay! Al cabo de tres días vinieron más espías a darme noticia de que el

Gobernador y sus alcaldes me estaban tratando con
bellaquería. (p. 179)

A nivel formal, sin duda el rasgo más importante es el recuento de una acción pasada utilizando verbos en presente. Según Genette, «debemos considerar, además, que una narración en tiempo pasado puede, hasta cierto punto ser segmentada e insertarle varios momentos de la historia, bastante parecido a un comentario ‘en vivo’» (1986: 216). Este proceso se conoce como metalepsis narrativa, que funciona «como si la narración fuera contemporánea con la historia y tuviera que llenar los espacios vacíos de ésta» (p. 235). Pero a nivel de contenido filosófico hay más que un interesante juego formal. El aspecto externo del texto es solamente la puerta de entrada para algo más complejo. En este sentido, Perilli expresa lo siguiente:

Hay un diálogo intertextual y extratextual o con referencias permanentes al modelo de la crónica. El texto se autodefine como tal en algunos momentos. Se emplean permanentemente arcaísmos que simulan una pertenencia al pretérito cronístico. Si la intencionalidad de los cronistas fue descargar sus propias responsabilidades la de Otero Silva es la de dar voz al personaje Aguirre. No lo hace de modo monológico, sino articulando a partir de la palabra del héroe otras palabras. Opone así al monologismo del discurso histórico la polifonía de la novela y de la literatura. (1994: 269)

Otero intenta justificar a Aguirre asumiendo un discurso en primera persona, con el cual el narrador pudiera explicar el porqué de su proceder. Resulta notorio ver cómo Otero ubica a Aguirre en una situación de benevolencia respecto a los representantes del poder constituido, los delegados de España en América; sin embargo, son ellos quienes traicionan la confianza que él ha depositado en ellos. Este es uno de los tópicos más recurrentes dentro del marxismo: las élites han acaparado el poder y han traicionado a las masas populares. Un análisis riguroso hace preguntarse si Aguirre realmente quería «gobernar» a Margarita, y más aún si quería hacerlo en forma equitativa. Por el contrario, todo sugiere que lo único que Aguirre buscaba en la isla eran pertrechos y soldadesca.

CONCLUSIÓN

Para la creación de su versión de Lope de Aguirre, Otero se basó en sus concepciones marxistas e hizo coincidir al personaje con ellas. De acuerdo con el modelo establecido por van Dijk, esto lo logró al maximizar los aspectos positivos del personaje y soslayar los negativos. Así, Otero no se detiene en la innegable bestialidad de Aguirre, la cual a veces es hasta justificable. Al construir a su personaje, el novelista se enfoca más en su desacato de las leyes y en el supuesto deseo de lograr mayor equidad social.

Además, a través de los vínculos que establece entre Lope de Aguirre y Simón Bolívar, Otero no solamente busca redefinir la personalidad de Aguirre, sino también analizar el devenir histórico de Venezuela de acuerdo con una pauta izquierdista. Al hacer esto, transgrede los modelos historiográficos comúnmente aceptados.

REFERENCIAS

- Baldick, C. (2009). *The Oxford Dictionary of Literary Terms*. Oxford: University Press.
- Bravo, V. (1997). *Figuraciones del poder y la ironía*. Caracas: Monte Ávila.
- Ducrot, O. y Todorov, T. (1986). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. México: Siglo XXI.
- Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (DRAE). Consultado el 3 de febrero de 2012. www.rae.es
- Genette, G. (1988). *Narrative Discourse Revisited*. Nueva York: Cornell University Press.
- Greimas, A. J. (1983). *La semiótica del texto*. Barcelona: Paidós.
- López, C. F. (1953). *Lope de Aguirre, primer caudillo de América*. Caracas: Ediciones Americanas.
- O' Neill, P. (1996). *Fictions of Discourse*. Toronto: University of Toronto.
- Oviedo y Baños, J. (1972). *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.
- Otero Silva, M. (2005). *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*. Caracas: Los Libros de *El Nacional*.

- Perilli, C. (1994). *Escritura y autonomía en Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*. *Anales de literatura hispanoamericana*. Número 23, 264-281. Madrid: Universidad Complutense.
- Quinn, E. (2006). *A Dictionary of Literary and Thematic Terms*. Nueva York: Facts on file of American Literature.
- Rama, Á. (1991). *Ensayos sobre literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila.
- Sacco, H. (2012). La onírica e increíble expedición de Lope de Aguirre por el río Amazonas. [Artículo en línea] Consultado 17 de mayo de 2012. <http://tardecroaste.blogspot.com/2012/01/la-onirica-e-increible-expedicion-de.html>
- Van Dijk, T. A. (2005). «Ideología y análisis del discurso». *Utopía y praxis latinoamericana*. Maracaibo: Universidad del Zulia. Año 10. N° 29, 9-36.

